

¿Tiene usted ya

el lujoso

ALMANAQUE

de

La Novela Semanal
Cinematográfica

con el que se regala
un estupendo

ALBUM

(cubiertas cartón y papel tela)

para coleccionar las
postales del año 1924?

¡ÉXITO MUY JUSTIFICADO!

SE VENDE EN TODAS LAS
ESPAÑA Y AMÉRICA LATINA

E. VERDAGUER MORERA.—TOPETE, 16.—TARRASA

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

N.º 132

25 cts.



SIEMPRE
AUDAZ

por
Margaret
Loomis y
Wallace Reid
Filmoteca
de Catalunya

LA NOVELA SEMANAL
CINEMATOGRAFICA

Redacción) Via Layetana, 12
Administración) Teléfono, 4423 A
BARCELONA

AÑO IV

N.º 132

Siempre audaz

Interesante comedia, interpretada por el simpático y
malogrado artista WALLACE REID
(en los «rôles» de *Slim Attucks* y de *Perry Danton*);
y la monísima MARGARET LOOMIS

Paramount Pictures Corporation

Exclusiva de SELECCINE S. A.

PROGRAMA AJURIA

Con esta novela se regala la postal-fotografía de
MAHLON HAMILTON

Siempre audaz

Argumento de la película de dicho título

Dicen que la Naturaleza nunca hace dos cosas exactamente iguales entre sí, pero, a veces, se parecen tanto algunas, que se necesita un microscopio para encontrar la diferencia.

Nuestro relato comienza en una tarde de primavera, en un hotel de San Francisco.

Codeándose con las multitudes que iban y venían a través del elegante vestíbulo, había dos jóvenes, totalmente extraños uno de otro, y, sin embargo, idénticos, hasta el grado de parecer la misma persona.

Eran éstos:

Slim Attucks, que vivía de la pluma y cobrara caro: lo menos cincuenta dólares por palabra, porque era falsificador de cheques y firmas de gente adinerada, por una parte; y

Perry Danton, rico, amable, aficionadísimo a divertirse, y sin más debilidad que la de profesar al trabajo una antipatía invencible, por otra parte.

Slim escribía, entre otras, la siguiente carta:

Camarada:

Acabo de hacer un negocio magnífico en el

Banco Palo Alto y me he venido a pasar aquí una temporada de vacaciones, que buena falta me hace.

Antes de terminar ese escrito, Slim fué a comprar sellos de correos al mostrador *ad hoc* del hotel; y sorprendióle sobremanera que la dependienta le dijese:

—Aquí tiene usted el cambio del billete que me dió para pagar sus cigarrillos, señor Danton... Se le olvidó recogerlo.

Sin ningún escrúpulo, Slim tomó el dinero y se alejó del mostrador, **sonriente**.

—Esa señorita me ha tomado por uno que se llama Danton... ¿Quién será ese?—se dijo.

Slim se disponía a salir del hotel, y como no tenía cerillas, le pidió fuego para su cigarrillo a un señor ceñudo y con barba que conversaba con otro.

—¿Cómo! ¿Otra vez quiere usted fuego? ¡Tome los fósforos y déjeme ya en paz, caramba!—le contestó el aludido.

Slim, cada vez más intrigado, se preguntaba si era posible que se pareciera de un modo tan perfecto a otro ser.

No acabaron aquí sus sorpresas. En efecto, cuando más cavilante estaba, una gentil señorita le tocaba en un hombro, extrañándose él de tal cosa.

—¿Te sorprendí, Perry?

Primero Danton, luego Perry... Entonces el otro se llamaba Perry Danton—pensó Slim. Y

aceptando la aventura, optó por oír, ver y callar.

La preciosa mujer que le impidiera salir del hotel, era Camila Hoyt, por quien suspiraba y a quien adoraba Perry.

—Quiero que me llesves el sábado al Club Campestre.

—Como gustes... Ya lo sabes...

—¿Pero no vas a invitarme a almorzar? ¿No ves la cara de hambre que tengo, Perry?

—No me di cuenta... Perdona...

—Quedémonos aquí mismo.

—Como te parezca.

—¿No dices tú mismo que sirven muy bien?

—Inmejorablemente, ya lo creo...

Entretanto, el verdadero Perry Danton se entrevistaba con el administrador de su herencia, Teodoro Ammidown.

—Perry, voy a hablarte con toda franqueza y como si fueras mi hijo. Dentro de tres meses, Perry, cumplirás veinticinco años... Si de aquí a entonces, estás trabajando, te entregaré tu fortuna para que la administres a tu antojo. Pero, si no, ya sabes las consecuencias...

—Sí, ya... Las consecuencias serán que continuaré recibiendo los intereses, pero no tendré derecho al capital... Pues eso me parece muy bien.

—¿Por qué no eres razonable, Perry? Déjate de holgazanear, ven aquí a trabajar con-

migo, y el primero de septiembre te entregaré las riendas de tus millones.

—¡Pamplinas! ¡Si no fuera por cierta muchacha que me trae loco, mandarí a yo los millones esos a paseo!

—Es mejor que te sacrifiques un poco, por la felicidad de esa muchacha.

—Va a ser muy duro eso de encadenarme a un escritorio a trabajar y a sudar el quilo... Bien sabe usted mi lema... En la sortija lo llevo: ¡Audacia y siempre audacia! Es el lema de mi familia, y yo he tratado siempre de vivir de acuerdo con él.

—Renuncia a él por algún tiempo, y todos saldremos ganando. Esa señorita a quien amas te lo agradecerá mucho. ¿Hace?

—Bueno. ¡Ay, si no fuera por Eva, no hubiera pecado Adán!

—Adiós. Espero verte uno de estos días completamente decidido a trabajar conmigo.

En la terraza del hotel, donde comían, Slim y Camila hablaban así:

—¿Cuándo vas, por fin, a cambiar de vida y a ponerte a trabajar seriamente en el despacho del señor Ammidown?

—No me digas eso...

—Debes respetar los deseos de tu padre. El quería eso. Bien claro lo dijo en su testamento.

—Sí, ya lo sé...

—Además, yo quiero que hagas algo... que trabajes... que adquieras un nombre por tus

propios esfuerzos y no por tu fortuna heredada:

—La verdad es que insistes mucho en que yo me ponga a trabajar...

—¿No crees que tengo derecho a exigirte eso... el día que... me pidas que me case contigo?

—Sí, claro... lo reconozco...

—Pero, si no tienes suficiente ánimo y energía para administrar tus propios intereses, Perry, ¿cómo te las vas a arreglar más tarde, para cuidar de nuestras fortunas unidas?

—Seguiré tus consejos, no te apures...

—¿Dónde está tu sortija?

—¡Ah! ¿La sortija?... Está en la joyería... Le van a poner más oro... y a lustrarle las letras.

Así, con respuestas evasivas, iba Slim saliendo del paso. Como que ignoraba el nombre de la señorita, se apoderó, un instante, discretamente, de su bolso, y extrajo del mismo una tarjeta de visita, guardándosela en un bolsillo después de leerla.

Listos ya del agradable almuerzo, Slim le dijo a Camila:

—Lástima que mi coche esté en reparación, si no, te llevaría a tu casa, señorita Hoyt.

—¿Por qué lo de "señorita"?

—No te enfades... Te llamaré encanto mío.

—¡Oh, Perry! Eres digno de tu lema. ¡Siempre audaz!

Slim, a quien Camila le gustaba extraordi-

nariamente, vivió unos instantes idílicos deliciosos.

El camarero, confundiéndole también con el verdadero Perry Danton, le preguntó a Slim si quería que se le cargase en cuenta el importe del almuerzo, pero el apócrifo millonario prefirió no firmar la hoja—para que no le



—¡Oh, Perry! Eres digno de tu lema.
¡Siempre audaz!

descubriera la letra—y pagó en efectivo.

A poco, Camila despedíase de Slim, recordándole que no se olvidara el sábado de su expedición al Club Campestre.

Cuando quedó solo, Slim, contento como nunca lo estuvo, concluyó de redactar la car-

ta empezada una hora antes con destino a un camarada suyo. El resto decía:

... *Continúo escribiéndote para decirte que eso de las vacaciones no va a ser cierto. He encontrado un negocio aquí, que me va a dejar millones. Sencilísimo. Ven pronto trayendo a Kate y a Molly.*

SLIM.

Esa carta atrajo a San Francisco, al cabo de unos días, a tres ilustres visitantes, a saber: "El Camarada", Jerry, por mal nombre "El Marqués";

Kate Denver; y
Molly, "La Anguila".

Slim los puso al corriente de *l'affaire*, y todos codiciaban ya la fortuna que se trataba de conseguir.

*
* * *

Después de no haberse ocupado de Camila durante una semana—pues ausentárase—, Perry Danton—o sea, el verdadero Perry—la invitó a salir en su automóvil a dar un paseo.

—¿Cuándo sacaste tu coche del taller de reparaciones?—le preguntó ella.

—Que yo sepa, Camila, nunca.

—No sé por qué me lo niegas. ¿Te acuerdas, cuando almorzamos juntos en el hotel... la semana pasada... el día en que me llamaste "encanto mío"?

—¿Yo?... Pero, Camila, ¿a qué viene ese pitoreo?

—Pos Dios, Perry, ¿has perdido, acaso, la memoria?

—¿Demonio! ¡Esta sí que es buena! Vamos al hotel ahora mismo, y te apuesto un millón de dólares a que no es cierto nada de eso...

—¿Cómo que no?

—Ya lo has oído.

—Qué raro estás hoy. Pues ¡ea! yo te apuesto un par de guantes.

Perry subió a su auto con Camila y su magnífico perro, dirigiéndose los tres al hotel. Una vez aquí preguntó Perry al camarero si le había visto hacía una semana con Camila y, causándole un gran asombro, el requerido *garçon* confirmó haberles servido a él y a su novia un almuerzo.

Sentáronse Camila y Perry en un banco de la terraza, y acariciando él al perro—que se había puesto de por medio—decía ensimismado:

—Eso que me habéis dicho tú, Camila, y el camarero, me desconcierta. Y ¡vaya! que no os creo. No estoy loco, y esto tal vez no sea más que una forma de reproche por mi ausencia de tu lado durante estos días, ideada por ti misma.

—Yo sé que bebes, Perry... ¿No supones que estas son las consecuencias de aceptar bebidas alcohólicas fabricadas a domicilio?

—Te ruego que corramos un velo a todo...

porque ya me está mareando la idea de que yo no soy quien soy. Ya conoces mi carácter... Mañana nos veremos más largamente... u otro día... Adiós.

Camila comprendió que Perry se había enfadado con ella, pero, si bien se puso tristonza, abrigaba la seguridad de que él mismo le plan-



—Eso que me habéis dicho tú, Camila y el camarero, me desconcierta.

tearía, al día siguiente, la reconciliación.

Sin embargo, el verdadero Perry Danton estuvo un mes enojado con Camila.

Slim, el falso Perry, había suplantado a aquél cerca de la joven. De modo que, si el au-

téntico millonario esperaba que Camila le telefonase a su casa, podía esperar cien años si otros tantos viviera el seudo.

Jerry, el cómplice de Slim, había logrado un empleo de criado en casa de Perry Danton, para espiar los menores gestos de éste, a fin de indicárselos al jefe para que se perfeccionara.

En la casa de Camila había también una doncella nueva: Molly, con las mismas instrucciones que Jerry.

Todo iba a pedir de boca.

Una fecha memorable—el cumpleaños de Camila—decidió a Perry—el verdadero—a ir a hacer las paces de una vez con ella, y le llevó un precioso collar de perlas.

La joven agradeció el valioso regalo de su prometido, y él, al verla tan feliz, no creyó oportuno remover las cenizas de los incidentes pasados. Lo que sí le dijo fué lo siguiente:

—¿Te gusta el collar? ¿Quieres, pues, aceptarlo y anunciar oficialmente nuestros esponsales?

—Lo haré, si me prometes dar muestras de actividad y de ambición y de espíritu de lucha y de empresa, como te lo dije ayer.

—¿Cómo ibas tú a decirme algo ayer, si no estuve en todo el día contigo?

—¡Ya lo creo que estabas conmigo ayer en el Club! ¿Quieres apostar otro par de guantes?

—¿Otra vez con la misma cantinela?

—Además, te lo he dicho otras muchas veces más.

—¿Y bien?...

—Si no me complaces, rehusó este regalo si insistes en llamarlo de esponsales.

—Prometa o no prometa algo, con este regalo tendrás que quedarte, quieras o no.

—Pues yo te digo que lo rechazo.

—Volveré mañana a ver si te encuentro de mejor humor.

—¿Serás capaz de macharte?

—Tú lo has querido otra vez. Adiós.

Camila dudaba de que Perry se hubiese marchado, y por esa razón le preguntó a su doncella:

—¿Está usted completamente segura de que se fué el señor Perry Danton?

Slim, al acecho, se encargó de hacer ver a Camila, presentándose a ella, vestido como Perry, que si había fingido marcharse era por pura broma, y que estaba dispuesto a complacerla en todo.

Camila, como siempre, tomó a Slim por Perry, y estaba muy contenta de haber, al fin, vencido en toda la línea, por amor, las malas costumbres de su novio.

Al día siguiente, Perry—el verdadero—se despertó a bordo de un buque que se dirigía a la América del Sur.

La víspera, al salir el millonario de la casa de Camila, Slim—que como se sabe entró en dicha casa poco después de haber salido Pe-

rry—y sus cómplices, le secuestraron, y en connivencia con un marinero lo matricularon en la tripulación del citado buque mercante.

Así, Slim, solo, podría substituir en todas partes, con seguridad de éxito, al pobre Perry.

El asombrado nuevo marinero se preguntaba cómo diablos se encontraba en el fondo del buque, tendido en una grasienta litera, vestido como nunca había soñado verse compuesto: un jersey obscuro, unos pantalones forma acordeón, y un casquete, sí que también unos borceguíes de arropa.

—Pero ¿quién me ha traído aquí?—preguntó Perry a un marinero que se hallaba en el dormitorio, limpiándole.

—Yo, chico, no sé más que cuando te trajeron a bordo anoche, estabas completamente sin sentido.

Entretanto, Slim se instalaba en las oficinas del administrador Ammidown, quien no sospechó absolutamente nada, y he aquí lo que le dijo:

—Si cumples tus propósitos de trabajar y ocuparte de los negocios, con mucho gusto te entregaré la administración de tu fortuna en la fecha prescrita.

—Mi enmienda es cosa seria, señor Ammidown.

—Me alegro de veras. A propósito... Compré el mes pasado varias acciones de New-Haven, y acaban de llegar.

—Le agradezco que me haya usted recorda-

do esa transacción... Es preciso que me avise lo que haga... Como, hasta ahora, todo lo he dejado completamente en sus manos...

Slim tomó posesión de su importante papel en la oficina de "su administrador", bajo—naturalmente—el nombre de Perry Danton.

Camila—a quien Slim prometiera la víspera que accedería a sus menores caprichos—telefonóle al despacho.

—¿Quién?...

—Soy yo... Camila...

—¡Ah! ¿Qué desea el encanto mío?

—Quería estar segura de que cumples tus promesas.

—No podría jamás dejar de cumplir una promesa que te he hecho a ti.

—Me haces muy feliz, Perry. Hasta luego.

—Adiós, bonita.

En un puerto de la América del Sur, Perry consiguió abandonar el buque y pedir ayuda al cónsul de su país.

Era el diplomático un individuo más obeso que amigo del trabajo, y que prefería refrescarse continuamente su señor organismo al engorro de ocuparse de arreglar asuntos.

Perry le contó su odisea, pero el cónsul no se fiaba de él.

—No habla usted como un marinero... pero sí como un mentiroso—le dijo al terminar él su relato.

—Puede usted convencerse de que le digo

la verdad, si pide informes al señor Ammidown, por cable.

—¿Quién me reembolsará el importe del aviso?

—Dígale también a mi administrador que me mande dos mil dólares, porque me hace falta ropa y, sobre todo, comer. Lo que sea, podrá usted retenerlo de esa suma.

El cónsul dictó a su secretario el siguiente cable:

T. Ammidown.

San Francisco. Cal.

Americano sin dinero aquí, afirma ser millonario Perry Danton, declarando fué secuestrado. Pide envíele usted dos mil dólares.

Cónsul de los Estados Unidos.

JIM CARSELL.

Slim esperaba algo parecido a lo que había hecho Perry, pero, también como lo previera, Ammidown se apresuró a contestar al cónsul lo que sigue:

Perry Danton hállase en mis oficinas actualmente. Su hombre es un impostor.

T. AMMIDOWN.

Después de varias horas de espera en el puerto sudamericano, Perry volvió a presentarse ante el cónsul de su país, y le disgustó, como se supondrá, recibir esta respuesta:

—¿Lo vé usted? Su fraude no dió resultado. Si no tuviera yo tanto quehacer, le mandaría meter en la cárcel. ¡Lárguese de aquí!

Perry, a pesar de su decepción, no olvidaba



—Deseo hablar con el señor Ammidown. —Voy a complacerle

que su lema era el de "Siempre audaz", aunque también le hubiese sido robada la sortija con esa inscripción.

Slim, cada vez más hábil y con más confianza en sí mismo, se dedicaba al amor.

Camila, más enamorada que nunca, no cesaba de estimular al trabajo al falso Perry, y



—... Si no tuviera yo tanto quehacer, le mandaría meter en la cárcel. ¡Lárguese de aquí!

como él la obedecía, era dichosa, atribuyendo su sumisión al gran amor que sentía por ella.

Los paseos en automóvil menudearon; las partidas de golf también; algunas libertades

le fueron permitidas a Slim por Camila, y todo iba viento en popa para el falsario.

Decidido a poner por sí mismo las cosas en su lugar, Perry incorporóse al personal de un barco de ínfima categoría, para regresar a San Francisco, a bordo del mismo.

Para su desgracia, la nave fondeó fuera de bahía.

Perry, impaciente, hizo ademán de querer arrojar al agua, para ganar la orilla a nado, pero el contraatacaeste lo asió por un brazo.

—Al firmar, te comprometiste a hacer el viaje completo; de modo que te quedarás a bordo hasta que regresemos a Seattle. ¡Y nada de majaderías!

Perry dió media vuelta y ¡zas! chapuzó en el agua.

El contraatacaeste sacóse del cinto un revólver pronto a disparar.

El capitán lo contuvo:

—Nada de balazos, amigo... Estamos en aguas norteamericanas.

El contraatacaeste obedeció, a pesar de que sus instintos feroces le dictaban que alojase seis balas en el cráneo del rebelde marineró.

Por la tarde de aquel día, Perry se acercó a su domicilio, con intención de aclarar el misterio.

Llamó a la puerta de su casa.

Salió a ver quién era, Jerry.

El cómplice de Slim reconoció al millonario vestido de marineró y barbudo y un tanto su-

cio, y reaccionó de su sorpresa, para interpretar perfectamente su papel.

—¿Qué le trae aquí, buen hombre?

—Yo soy Perry Danton. ¿No me reconoces?

—Vamos, ¿es usted un bromista?

—¡Repito que soy Perry Danton!

—Está usted loco, o está ebrio... El señor Danton está arriba ahora mismo, vistiéndose...

—¿No ves, Jerry, que me han hecho víctima inocente de una intriga?... Me secuestraron y me zamparon en un barco con rumbo a la América del Sur.

—El señor Danton no ha salido de la ciudad... Usted debe ser un impostor y tendré que llamar a la policía.

Perry no insistió, y dió la vuelta a su casa para penetrar en la cocina por la puerta de servicio.

Jerry había enterado ya a la antigua nodriza y a la sazón ama de llaves de Perry, la señora Runson, de que un vagabundo pretendía hacerse pasar por aquél.

Por eso la buena señora se llevó un susto cuando Perry se le presentó tendiéndole los brazos.

Apartóse la ex nodriza del verdadero Perry, amenazándole con gritar.

—¿Es posible que tampoco tú me creas?

La amedrentada señora le señaló la puerta, y Perry tuvo que salir de su propio hogar.

Enterado de la aparición del millonario, Slim dijo a Jerry:

—Si vuelve, lo echaremos de aquí a patadas, como a su condenado perro, que es el único que no ha caído en la trampa de la substitución.

Perry, alejándose de su casa, encontró a un guardia urbano, y le habló así:

—¿Vé usted toda esta propiedad?...

—Claro que la veo...

—Pues es mía, mía... Yo soy el dueño de todo esto.

—¿De veras? Yo creía que usted y Napoleón eran los dueños, por partes iguales.

Y haciendo un gesto, que indicaba que Perry estaba chiflado, el guardia prosiguió su paseo.

—¡Nunca podrá convencer a nadie!—opinaba Slim con Jerry, que estuvieron contemplando a Perry conversando con el guardia.

Casi instantáneamente, Slim rozó, voluntariamente, a Perry, con su propio coche, que él conducía, y le miró con cara burlesca.

Al verle, Perry no pudo menos de exclamar:

—¡Cáscaras! Con razón los ha engañado a todos.

Y comprendiendo que estaba en juego toda su fortuna, Perry se apresuró a ir a las oficinas de Ammidown.

Slim, avisado por Kate, su cómplice y "amiga", salió de su despacho para encararse con Perry, a quien le mostró la sortija con el lema usurpado.

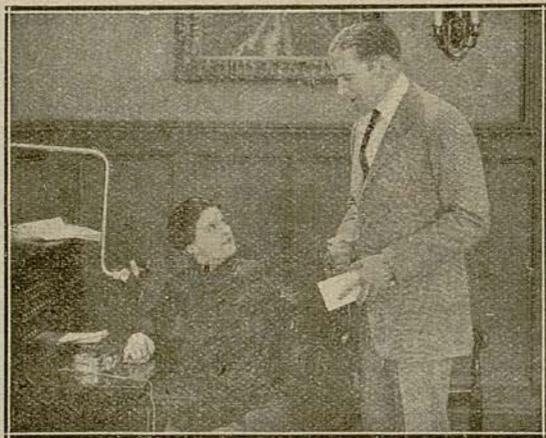
—Deseo hablar con el señor Ammidown.

—Voy a complacerle.

Slim desapareció en el gabinete del administrador.

—Ahí está un loco ridículo... Le dijo a mi criado que era Perry Danton, y ahora dice que quiere hablar con usted.

El señor Ammidown mandó nerviosamente



Slim, avisado por Kate, su cómplice y "amiga", salió de su despacho...

a paseo al verdadero Perry.

—¿De modo que usted es el pícaro ese de la América del Sur? ¡Váyase cuanto antes!

—Pero, señor Ammidown...

—Si sigue usted molestándome, le mandaré a la cárcel.

Un nuevo temor se apoderó entonces del ánimo del abandonado. ¿Había conseguido el impostor insinuarse en el corazón de Camila?

Slim, hombre previsor, telefonaba en este instante a la joven, diciéndole que había llegado de no se sabía dónde, un tipo que pretendía ser Perry Danton.

—¿Tanto se parece a ti, Perry, ese loco?

—No, al contrario... Tiene un aire feroz... como de asesino... Si te molesta, avísame, y le mandaré a una casa de locos.

Al poco rato, Perry se presentaba a Camila, pudiendo llegar hasta ella porque estaba, casualmente, en la terraza.

—¡Camila! ¡Cuánto ansiaba volver a verte!

—¿Quién es usted y qué pretende? No se acerque, haga el favor.

—No creí que el traje quisiera decir nada para ti.

—Yo no le conozco a usted... y le ruego que se marche.

—¡Si pudieras comprender!... ¡Fué la noche de tu cumpleaños cuando me secuestraron. No debes permitir que ese bribón te haga creer que es Perry Danton.

—No estoy dispuesta a permitir que el señor Danton sea insultado en mi presencia por un vagabundo.

Perry dobló la cabeza hasta su pecho ante las palabras de Camila.

La joven comprendió el dolor del enigmático personaje, y se disculpó.

—Siento haberle llamado vagabundo, pero hay trabajo de sobra en todas partes para hombres como usted.

—¿Trabajo? Durante las últimas semanas he trabajado lo bastante para declararme har- to hasta el fin de mi vida.

—Voy a darle un poco de dinero, y luego debe usted irse.

Perry, muy triste y deprimido, marchóse de allí antes de que Camila volviera con la limosna que quería hacerle.

En el corazón de la ciudad, una multitud congregada ante la pizarra de un periódico, dió a Perry una idea.

Randy Marshall, jefe de redacción del diario, y Martín Green, su mejor repórter, estaban en conferencia.

Perry llenó la hoja del "Motivo de la visita":

"Necesito ver al Jefe de redacción. Tengo una historia interesantísima. PERRY DANTON."

—¿Danton! El millonario... Sin duda le interesaré alguna noticia de sociedad—dijo el repórter.

Y Perry fué introducido cerca de los dos periodistas.

—Usted no es Perry Danton. ¿De qué se trata?—le dijo el jefe al verdadero millonario vestido de marinero.

—Si le puedo demostrar que yo soy Perry

Danton y que un pícaro se ha puesto en mi lugar, ¿cree usted que valga la pena que lo publique su periódico como noticia sensacional?

—Explane usted su asunto...

Perry refirió el episodio más saliente de su vida, interesando a los oyentes, terminando de la siguiente manera:

—A menos que yo pruebe mi identidad, el bribón ese se quedará con toda mi fortuna dentro de tres días. El dinero no me importa tanto, como la muchacha de quien estoy enamorado.

—¿Pero nadie ha dicho que usted haya desaparecido!

—Esa es la cosa. Ese bárbaro ha sabido hacerlo de modo que no se note mi falta.

—Es muy raro...

—Llame por teléfono a Ammidown y preguntéle si Perry Danton—que soy yo—está en su despacho.

—Eso no nos demostrará nada.

—¿Cómo que no? Si existen dos Perry Danton, uno de los dos no es el verdadero. Asegúrense, primero, de que somos dos los que llevamos ese nombre, y luego ya veremos lo que puede hacerse para desenmascarar a uno de los dos.

—O es usted Perry Danton, o es un embustero de primera clase.

—Vayamos al grano, háganme el favor.

El jefe de redacción se puso al habla por

hilo con el señor Ammidown, quien contestó:

—Es una conspiración. Perry Danton está en mi propio despacho en este momento.

—Es un asunto tan curioso, que desearíamos hacer una prueba, señor Ammidown. Supongamos que ponemos a los dos hombres cara a cara... para demostrar sin género de du-



—... *Supongamos que ponemos a los dos hombres cara a cara... para demostrar sin género de duda quién es el que tiene razón...*

da, quién es el que tiene razón...

—Está bien. Apruebo su idea, pues ya me intriga este dúo de Perry Danton. Estaremos listos a las dos en punto.

Los periodistas proporeionaron a Perry ropas de su gusto, y dinero para que pudiera asearse, y a las dos de la tarde se efectuaba el *examen*.

Slim y Perry vestían uniformemente. Su semejanza fué reconocida perfecta.

El señor Ammidown opinó sólo en contra de Perry que se parecía exactamente al otro, pero que tenía la cara de pillo.

El *examen* consistía en hacer diversas preguntas a los *gemelos*, y éstos debían escribir sus respuestas. El señor Ammidow preguntaría.

Como que Perry no estaba al corriente de nada, y Slim, más listo, conocía al dedillo todas las operaciones que con la fortuna del primero hiciera el administrador, el verdadero millonario contestó del todo mal, y el seudo fué quien tuvo razón.

Se comprobaron las firmas. Ganó Slim, pues hábil en falsificarlas, había imitado de una manera asombrosa la de Perry. Este, nervioso, firmó mal.

En otra prueba salió asimismo victorioso el falsario.

Se trataba de contestar si Camila y Perry eran novios. Camila dijo—por teléfono—que sí. Slim, que se había prometido con ella formalmente, respondió afirmativamente; pero Perry, que no sabía que fueran novios, metió la pata.

Así, pues, derrotado por completo, Perry

tuvo que retirarse con los periodistas, pero antes oyó una advertencia del señor Ammidown relativa a que si se volvía a presentar a su despacho, mandaría su arresto inmediato.

—Andese con cuidado, Perry—le dijo el administrador, a solas, a Slim—; ese tipo puede abusar de su peregrino parecido con usted pa-



—¡Bah! No me preocupa lo más mínimo ese vividor.

ra jugarle alguna mala partida.

—¡Bah! No me preocupa lo más mínimo ese vividor.

Perry, el verdadero, por su parte, decía a los periodistas:

—Supongo que ahora, ustedes, creerán también que soy un embustero...

—No—le respondió el repórter—; creo que usted es Perry Danton... Los ojos del otro brillaban demasiado a cada nuevo triunfo de sus contestaciones. Disponga usted de mí.

—¡Gracias! No nos quedan más que dos días, para deshacernos de ese tipo... y yo necesito dinero.

El jefe de redacción intervino:

—Le doy cuarenta y cinco dólares de sueldo a la semana, para que venga a trabajar en la redacción de mi periódico, como repórter... y se encargue de aclarar su propio asunto.

—Acepto, señores. Pero, antes de comenzar a trabajar, quiero ajustar una cuenta pendiente con el bribón ese.

Slim no esperaba a Perry cerca de la casa de Camila... y sólo él supo el dolor que le produjeron los enérgicos puñetazos de su otro yo... La paliza servía de primer aviso.

La noche siguiente, la víspera del día en que Perry debía recibir su fortuna, el verdadero millonario, de acuerdo con el repórter, intentó suplantar al falsario que cenaba en un hotel con Camila, y a quien el repórter llamaría.

La idea era buena. Si el falso Perry pretendía luego hacer valer "sus derechos" de millonario, acusando al verdadero de falso, el repórter terciaría manifestando que el supuesto Perry que se presentara en la redacción de

su periódico era Slim. Así, Perry recobraría su puesto legal.

Pero quiso la suerte que la última víctima de Slim, el cajero del Banco de Palo Alto, estuviera en San Francisco a la sazón, y acusara a Perry como autor de la estafa. Gracias a la intervención del repórter, el cajero se serenó y prestó atención a lo que le decía el conocido periodista.

—Se me ocurre otra cosa: hacerme pasar como Slim ante los que supongo sus cómplices de esta intriga... Así averiguaré ciertas cosas... —dijo luego Perry al repórter.

Asintió éste, y Perry telefonó a Jerry y se avistó con Molly, confirmándose que ambos eran gente maleante asalariada por el falsario.

Slim estaba dispuesto a huir tan pronto cobrase.

Al día siguiente, en casa de Danton, poco antes del mediodía, que era la hora designada para la entrega de la fortuna de Perry, éste irrumpió en el salón—donde se celebraba la ceremonia presidida por el administrador en presencia de Slim y Camila—, con el repórter y el cajero del Banco de Palo Alto.

—¡Alto!—gritó Perry venciendo la oposición del criado Jerry—. Aquí no hay otro Perry Danton que yo. Ese criado y la doncella de Camila, son cómplices de ese impostor.

El administrador, colérico, dijo que Perry era el otro y que para terminar de una vez,

firmaba la escritura de entrega a su favor.

El criado negó haber hablado, la víspera, por teléfono, con Perry, y acorralado, hasta por el cajero del Banco de Palo Alto, que quería que uno de los dos "gemelos" fuera responsable del robo, el millonario se sintió arruinado de amor, de dinero y de honor.

Pero...

El perro mimado por Perry se presentó agitando desacompadadamente la cola, y brincaba de gozo ante su verdadero amo.

—¡El único amigo que me queda!—exclamó Perry acariciando al fiel animal.

Slim protestaba; pero el chucho arremetió contra él, hincándole sus macizas defensas.

El administrador no volvía de su asombro.

La nodriza reconocía ciertos gestos particulares de Perry no copiados por Slim.

Sin embargo, lo más hermoso fué el rasgo de Camila, que se arrojó en los brazos de Perry, devolviéndole la sortija con el lema de "Siempre audaz", que le quitara a Slim poco antes bromeando.

—¡Al fin me crees Perry!—dijo éste, abrazando a su novia.

—Yo ya lo sabía desde el principio... pero quería saber si dabas señales de valor y de espíritu de empresa... Por eso he fingido hasta hoy.

—Perdóname, Perry, mi lamentable error—disculpóse el administrador.

—Todo queda olvidado, señores... Esos sin-

vergüenzas irán a purgar su frescura a la cárcel... y yo, con mi Camila del alma, que dentro de pocos días será mi mujercita, seré el hombre más feliz del mundo.

El repórter descontentaba el éxito del notición que publicaría el periódico aquella misma noche.

Los felices Perry y Camila se aislaron para hacerse el amor con libertad, y si bien el repórter los interrumpió un momento para sacarles un retrato, después, muy solitos, no quieren ustedes saber las cosas que se dijeron y lo que el corazón les mandó hacer. ¡Con lo audaz que era Perry!

FIN

Prohibida la reproducción

Sometido a la previa censura militar

PRÓXIMO NÚMERO:

La grandiosa superproducción LOEW-METRO:

El hijo de Flandes

interpretada por el genial precoz artista

Jackie Coogan

ASUNTO DE GRAN EMOCIÓN E INTERÉS

Postal-fotografía-regalo: LUCY DORAINE

Precio: 25 céntimos

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

Sale todos los miércoles.

En toda España.

¿Ha leído usted ya nuestros dos últimos éxitos?
DE MUJER A MUJER y LA INHUMANA

E. VERDAGUER MORERA.-TARRASA